



LA
VISCERA
Magazine

INSTINTOS

LaViscera
Año 03
Núm. 24
Febrero 2024

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de **LaViscera Magazine**.

Todos los derechos reservados.



Cuando bordeamos un abismo y la noche es tenebrosa, el jinete sabio suelta las riendas y se entrega al instinto del caballo.

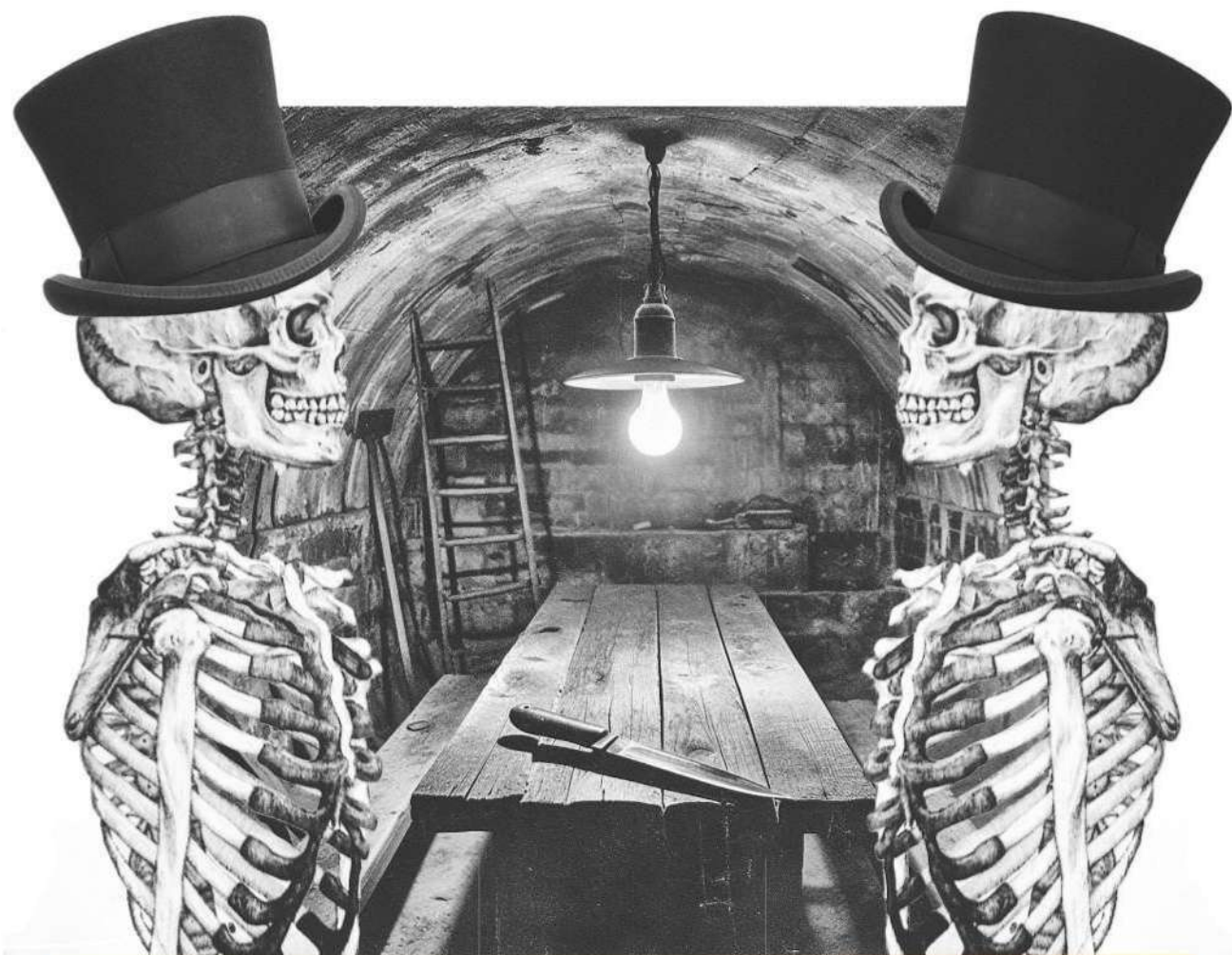
Armando Palacio Valdés



INSTINTOS

- 04 Carlos Vicente
UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXIII)
- 06 Patricia Sánchez
D-INSTINTO
- 08 Andrés M. Níguez
LA FOTO
- 10 Carlos San Jorge
COSAS EN COMÚN
- 12 Beatriz Gorjón
INSTINTOGRAMA
- 14 Edwing Vladimir: ESTROFAS VISCERALES
DE PUNTILLAS
- 16 VÍSCERAS INVITADAS: LUISA MARÍA BENITO
EL INSTINTO DEL AMOR
- 18 VÍSCERAS INVITADAS: HUGO MILHANAS
TEATROS MENORES: EXCURSOS Y RESONANCIAS
- 20 Pedro Vez Luque
LA OBRA

Quando la vida viene y te golpea en la cara y deja al descubierto tus venas, tu sangre, tus tendones, tu estructura ósea. Cuando te das cuenta del vapuleo que te acaban de proporcionar. Cuando lo aprendido no sirve nada más que para expulsar tres milímetros cúbicos de lágrimas. Cuando todo eso ocurre, sólo te sirve activar tu sistema límbico, despertar tus vías nerviosas y acudir a la jodida supervivencia para que tus jodidos factores biológicos innatos te saquen del atolladero y la culpa no se adueñe de tu existencia. Jodidamente jodido, pero real.



UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ

(XXIII)

CARLOS VICENTE



Siempre he querido escribir —pero nunca lo haré— una obra de teatro en la que, tras una catástrofe, dos caníbales no tienen más remedio que comerse a sí mismos porque ya no quedan más personas en el mundo.

Un búnker en el que lucen sólo dos bombillas. Una mesa con juegos de mesa y dos personas vestidas de negro. Dos literas, un sofá y poco más.

Caníbal 1: Me siento raro.

Caníbal 2: Yo también.

Caníbal 1: Desde que pasó lo que pasó, estoy... no sé.

Caníbal 2: ¿A ti dónde te pilló?

Caníbal 1: En la playa.

Caníbal 2: A mí también.

Caníbal 1: Hay que ser gilipollas. Nos iba de maravilla, se había acabado todo el rollo del cambio climático. Teníamos minicentrales nucleares para abastecernos.

Caníbal 2: Y vacas gorditas y sabrosas para disfrutar y no tener que sacar lo que llevamos dentro y nos avergüenza.

Caníbal 1: Bueno, forma parte de nuestra esencia. Mis antepasados eran aztecas y eso marca mucho. Lo llevamos dentro. No lo podemos resistir.

Caníbal 2: Podríamos si tuviéramos vacas gorditas y sabrosas, pero esto es demencial.

Caníbal 1: No les servía con destrozar *Las Meninas*, que ahora se han cargado todo.

Caníbal 2: Todo. Y aquí estamos, con hambre y sin carne que comer.

Caníbal 1: Bueno, estás tú.

Caníbal 2: Anda, y tú.

Caníbal 1: Malditos gilipollas...

Caníbal 2: Sí, esto va a acabar mal.

Caníbal 1: Para uno de los dos.

Caníbal 2: Tengo para mí que será para ti.

Caníbal 1: O para ti.

Caníbal 2: ¿Y cómo lo hacemos?

Caníbal 1: ¿Nos lo jugamos a las cartas?

Caníbal 2: Tiene narices que no tengamos vacas ni personas, pero tengamos cartas.

Caníbal 1: Si es que son, bueno, eran unos gilipollas.

Caníbal 2: Sí. Integrales.

Caníbal 1: ¿A las cartas, entonces?

Caníbal 2: Prefiero el parchís.

Caníbal 1: No, el parchís no me gusta, que siempre me ganas.

Caníbal 2: Pues las cartas no, que siempre se me da mal.

Y así seguiría la obra, con ellos despotricando del desastre que han producido esos gilipollas y decidiendo cómo sortear a quién le toca sacrificarse.

D-INSTINTO

PATRICIA SÁNCHEZ

Por mucho que lo intentes, es imposible luchar contra tu propia naturaleza, contra tus instintos. Puedes engañarte un tiempo, simular que entras dentro de los cánones establecidos, que puedes dedicar tu existencia a hacer creer al resto del mundo que encajas en ese plano vital inferior en el que se mueven la mayoría de los mortales... Pero llegará un momento en el que tu cuerpo y tu mente dirán basta, en el que tendrás que asumir que hay cosas contra las que no se puede luchar. Tú eres diferente. Eres especial. ¿Por qué te empeñas en parecerle al resto?

Tengo esas palabras grabadas a fuego. Salieron de la boca de mi abuelo cuando le dije que quería estudiar arte dramático, que no servía para perpetuar el negocio familiar, que actuar era mi sueño. Mi padre volvió a decírmelas, sin variar ni una sola coma, cuando, terminada la «carrera» (le hacía mucha gracia que la llamara así), monté mi propia compañía de teatro con un compañero de clase, compaginando las pocas funciones que nos salían con el trabajo de camarero, de repartidor de Glovo y de captador para la ONG que estuviera de moda en ese momento.

El día que te des cuenta de tu potencial, de lo diferente que eres al resto, y descubras que has estado perdiendo el tiempo tratando de encajar en un sitio que no es el tuyo, espero que no sea demasiado tarde. Podría haberlo dicho mi terapeuta o el profesor del último taller de interpretación al que me había apuntado...

«Actuar desde el instinto» se llamaba. El curso, digo. Pero no, volvía a ser mi padre, en el velatorio de mi abuelo, entre susurros cargados de decepción, en su enésimo intento porque me dejara de «gilipollecés» y empezara a aceptar que me debía a la familia y a la tradición.

Y yo tenía las cosas tan claras...

Me pilló de sorpresa. No sé ni cómo ocurrió. Sólo puedo decir que, cuando el director me hizo repetir por enésima vez lo de «Yo diría que voy a ser un estudiante perpetuo» con esa superioridad estúpida y desafiante del que disfruta humillando a un actor por el simple hecho de reconocer en él el talento que nunca encontraría en sí mismo, una premisa invadió mi cabeza, una directriz, un mantra. Y sonaba con la voz de mi abuelo, de mi padre, de mi terapeuta, de mi última novia, de varios de los maestros con los que me había formado, incluso del propio infeliz que tenía delante... *Sigue tu instinto. Sigue tu instinto. SIGUE TU INSTINTO.*

Y eso hice.

Y lo hice con estilo, sin despeinarme apenas, y repitiendo además esa otra frase del guión, en el tono más adecuado y visceral que se pueda nadie imaginar: «Un perro hambriento no entiende nada más que de carne»

Y acepté, por fin, mi destino.



Y eso es todo lo que tengo que decir al respecto.

Bueno, espere, añada dos cosas más. Ponga usted que soy un ciudadano decente, que no soy ningún loco, que simplemente me ha costado algo de tiempo ubicarme y saber que mi familia tenía razón y que cada uno nace para hacer lo que tiene que hacer. Que no se sienta obligado ni presionado respecto a la decisión que tome sobre mi futuro sólo por pertenecer a la familia que pertenezco y que aprovecharé el tiempo que esté aquí para prepararme y, así, poder hacerme cargo del negocio familiar cuando sea el momento.

Mi padre, que me ha dicho que el abuelo estaría orgulloso de mí, ya me ha explicado a quién me tengo que arrimar aquí para aprender de los mejores. Y, si es tan amable, ponga también que las dos frases que se recogen en la declaración pertenecen a «El jardín de los cerezos», de Antón Chéjov, por si el señor juez tiene inquietudes artísticas. Y que estoy seguro de que, de no ser por este pequeño inconveniente, se habrían roto las manos aplaudiéndome tras el estreno.

Por cierto... ¿tienen grupo de teatro aquí?

LA FOTO

de ANDRÉS M. ÑÍGUEZ
para INSTINTOS

DAMIÁN, ASESINO EN SERIE



COSAS EN COMÚN

CARLOS SAN JORGE



¿Qué tienen en común películas como «Tiburón», «El señor de los anillos» y «Casablanca»?

En el instituto tuve una profesora que decía que, al igual que, en Física, el universo se reduce en neutrinos, quarks o vete tú a saber qué inventos, el comportamiento del ser humano se podría reducir, de igual manera, en instintos. Y que, por encima de todos, estaban principalmente dos: el de supervivencia y el de reproducción.

El de supervivencia queda totalmente claro. Es muy conocido ese «experimento» de soltar a un bebé en una piscina y, sin aún saber caminar, hablar o pensar, su instinto de supervivencia le lleva a sacar la cabeza como puede para seguir respirando. Para seguir viviendo.

¿Quién no se ha tapado con lo que pillara cuando ha tenido miedo en la cama? Como si el más fino edredón o una simple sábana fueran barreras antibombas o un fuerte amuleto contra los fantasmas. Ese momento en el que escuchabas un ruido extraño en tu cuarto en plena noche y tu instinto te llevaba a cubrirte, con la seguridad de que, fuera lo que fuera lo que provocara ese sonido: el hombre del saco, un ladrón, o un extraterrestre, no sería capaz de hacerte ni el más mínimo rasguño bajo tu escudo. Es algo que el ser humano lleva incorporado en su ADN, como buen animal que es.

Siempre me han fascinado esas estatuas de Pompeya de personas a las que les sorprendió la lava de repente y se quedaron eternamente con las manos cubriéndose la cara. Ese gesto inútil generado en esas décimas de segundo en las que tu cerebro toma el control y ejecuta por ti el movimiento con la esperanza de sobrevivir, cualquiera que sea el peligro.

Y ahora, si vuelvo a lanzar la pregunta del principio, queda claro cuál sería el denominador común, ¿no es cierto?

El mundo del cine se ha nutrido de ese instinto primario para hacer que nos sintamos identificados con algún momento de la película en cuestión. Recuerdo esos nervios de la primera vez que vi «Indiana Jones en busca del arca perdida», en ese momento en el que aparecía la bola gigante que estaba a punto de aplastar al bueno de Harrison y yo, desde el sofá de casa, lo único que hacía era proyectar mi instinto de supervivencia en «Indi» para que corriera mucho más rápido para salvarse. Seguro que a ustedes, en algún momento, les ha pasado algo parecido: han nadado más deprisa para que el tiburón no les mordiera, se han escondido sin hacer ruido para que el malo no les pillara o han huido en un avión para que los nazis no les apresaran. ¿Me equivoco?

Y ya que estamos en el mes del amor, les invito a que vean mucho cine y rebusquen en las películas ese otro instinto del que mi profesora decía que los humanos nos hacemos eco. Y vale cualquier tipo de género. Yo ahí ya no me meto. Ya me contarán.

INSTINTOGRAMA

BEATRIZ GORJÓN

Infinitos instintos iluminan ilusiones inesperadas.
Ímpetus íntimos imponen impulsos inimaginables.

Incansables instintos indómitos

invaden,

incitan,

inquieta.

Impulsos impredecibles insinúan itinerarios inexplorados.

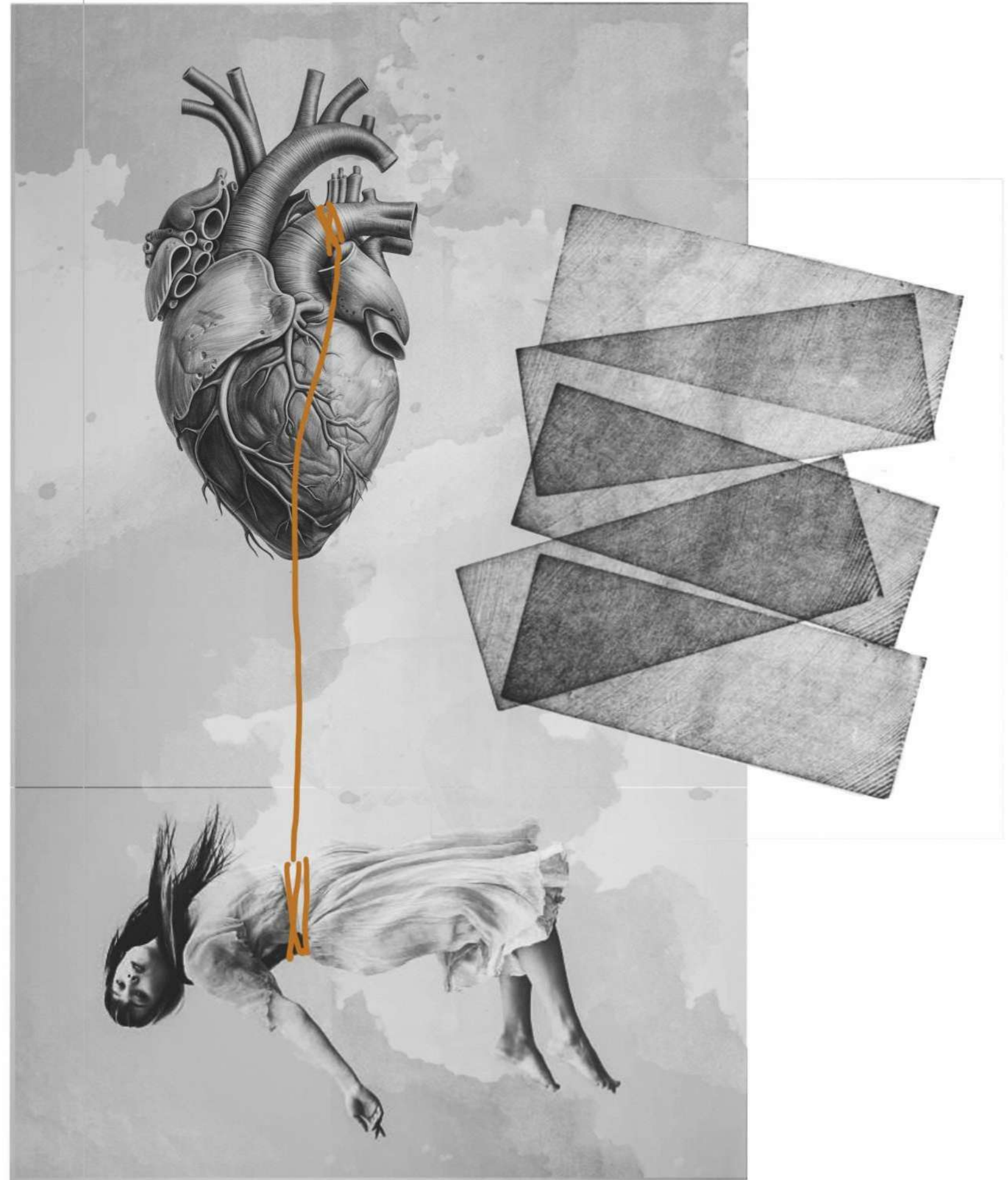
Indagan instantes insólitos, inspiran intensidades inigualables.

Inclinación.

Intuición.

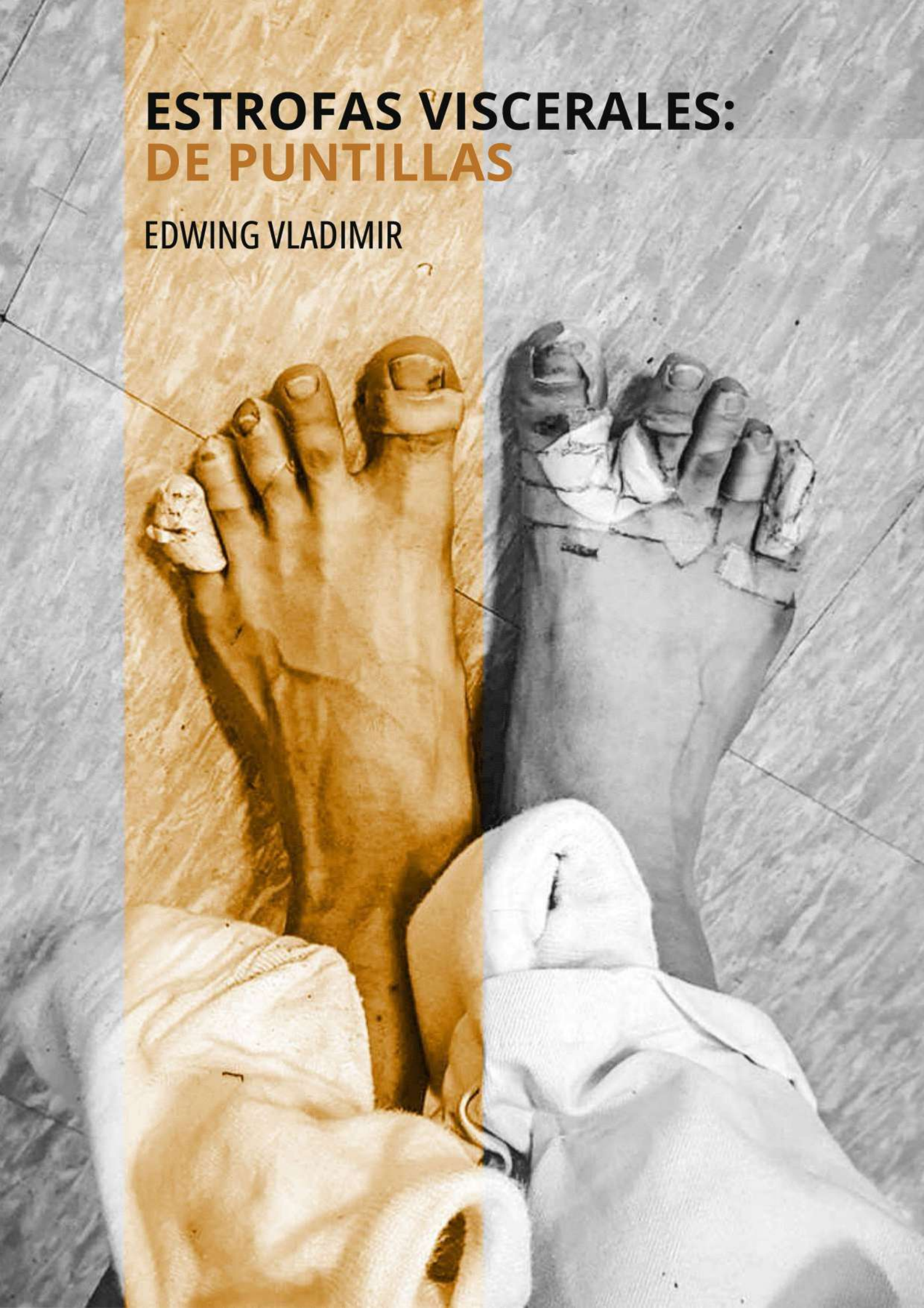
Impulso.

Instinto.



ESTROFAS VISCERALES: DE PUNTILLAS

EDWING VLADIMIR



El perro de calle
no sabe de miedo,
no conoce la heroicidad
ni la cobardía,
ninguno de esos sabores
se pisa
en el terreno de la impotencia.

Simplemente pasamos de puntillas.

La única verdad que conocemos tiene un suelo demasiado frío
para nuestros pies descalzos.

Imposible quedarse inmóvil,
aunque no haya expectativa de futuro.
Sólo existe la bruma que emborrona la probabilidad del siguiente paso.

No hay mañana, pero sí ayer, y un irremediable ahora...
Desposeídos del porvenir,

silenciando la queja; ya que así se adiestra, y con una esencia que apesta
a la dialéctica esclavo-amor,
seguimos de puntillas.

Sin hacer ruido,
avanzamos.
Sibilinas e invisibles,
invencibles, amor.

Sin miedo, pero con esperanza,
esa no la roban.

Avanzamos, amor.
Avanzamos,
aunque sólo sea por instinto.

EL INSTINTO DEL AMOR

VÍSCERAS INVITADAS: LUISA MARÍA BENITO

Danza en el lienzo de la vida el caprichoso instinto del amor. Poema infinito tejido con hilos de ardiente fervor.



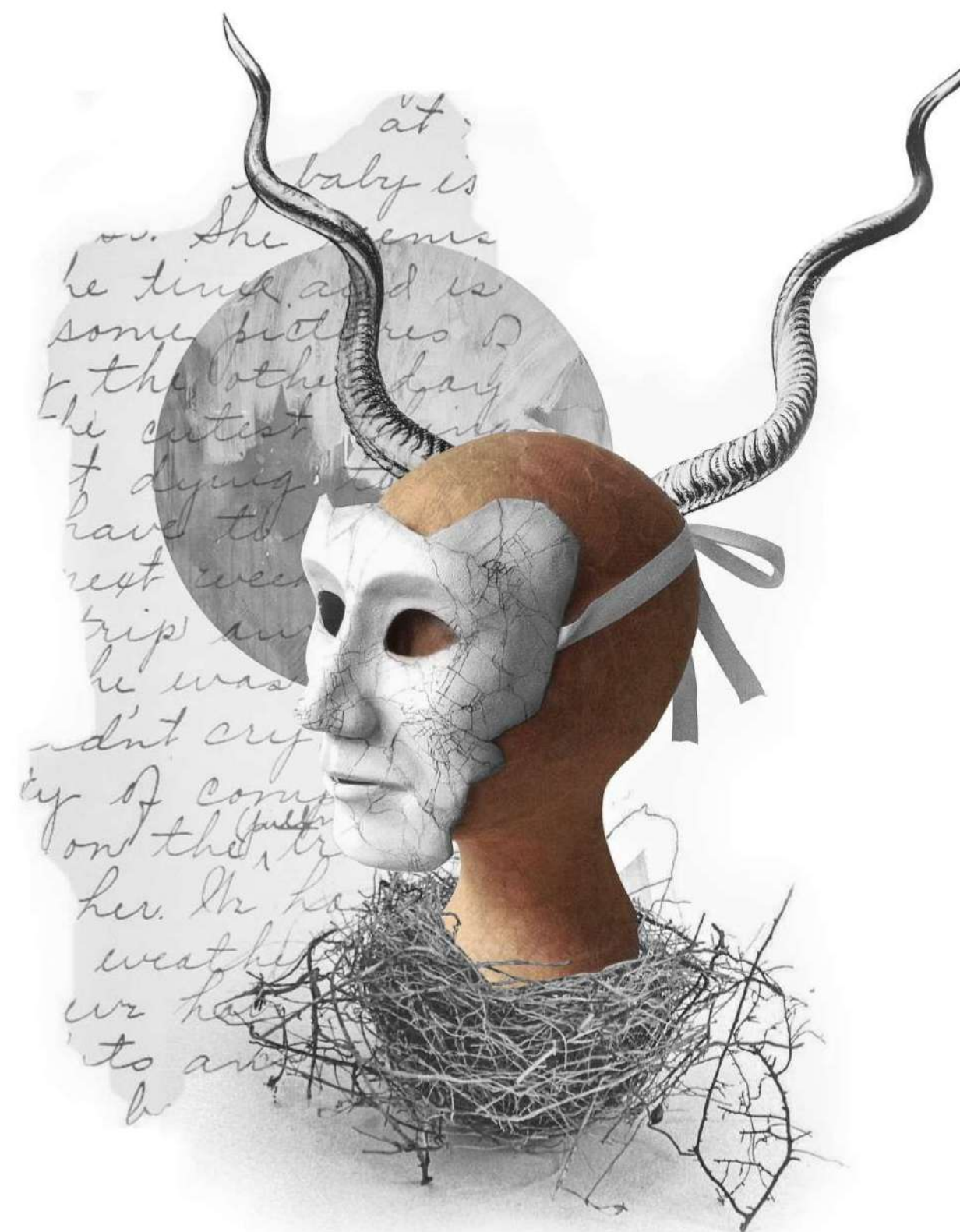
@luisamariabenito

TEATROS MENORES: EXCURSOS Y RESONANCIAS

VÍSCERAS INVITADAS: HUGO MILHANAS MACHADO

para Peter Brook [1925-2022]

La puerta abierta es una puerta abierta mientras fluya el movimiento y el eco y las sombras que preparan y sostienen el movimiento y el empuje de cada cuerpo lanzado, el color y las temperaturas de cada cuerpo lanzado en el cauce de los más oscuros y velados instintos, símil y definición de pauta de reacciones [así se explica en la correspondiente entrada; 1.], y los teatros menores son los premios, los teatros menores sitúan sus duraciones, y en ellas importará pulir el número, calibrar los voltajes de la repetición, sus gramáticas y trucos, volver a frecuentar el cordaje de incursiones vecinas, otros libros, otros despistes, aquellos pasos: es decir, tolerar los manierismos, aprender de cada nodo transformado durante y tras la repetición, y en el transporte de las figuras, fibra del teatro menor, percutir el número, viajes de la repetición, de cada trompo el envío, móvil atribuido a un acto [continúa la definición; 2.], la resaca del desplazamiento convertido en propósito semántico, locas manos las manos en el viaje, fiesta del vocabulario cuando algo se mueve y algo voltea, brincar la rima intuida, párpados aventureros y bailados, que ahora por gramática o instrumento valdrá el silencio, facultad o impulso [prosigue el desarrollo etimológico; 3. y 4.], el contorno de la fantasía, voluntad latente, figura pobre y a la vez definitiva, bastaría esto, y en el silencio poblar muy duro el sacerdocio de las aventuras, cada palo y cada piedra, que en el silencio del escondite o atalaya o sala menor y punto de encuentro se situarán nuestros baluartes y resistencias, motor de instigación y sugestión [que también; 5.], desvíos y resonancias, y entonces sembrar en la brevedad: es decir, aquel juego o columpio de la palabra varada, el cuerpo detenido y a puestos, el cuerpo en estado de máxima vibración y arrebatado descanso, aquella fatiga de los entusiasmos ante el amasijo de lecciones, desaires e improvisados excursos, teatro castigado, aquella puerta abierta.





LA OBRA

de PEDRO VEZ LUQUE
para INSTINTOS

vez luque
2023



LA
VISCERA
magazine